LOS TROVADORES DE LA INDEPENDENCIA

por VICTOR DOMINGO SILVA

No todos fueron, como se sabe, hombres de armas los que hoy con tanta justicia llamamos Padres de la Patria. Hasta tienen su monumento—modesto, ciertamente—los escritores de la Independencia. José Miguel Carrera manejaba la pluma con tanta destreza y vigor como la espada, y Manuel Rodríguez, el héroe más querido del pueblo fué, si no un grande orador, un tribuno formidable. Falta el monumento a Los Trovadores de la Independencia, a los que impulsaron con su inspiración el movimiento antimonárquico o contribuyeron a exaltarlo en el ánimo del pueblo.

Nos referimos a Camilo Henríquez, el fraile-poeta, fogoso hasta el fanatismo dentro de su magra contextura y su evangélica humildad de Hermano de la Buena Muerte; a Bernardo de Vera y Pintado, el abogado-poeta, chispeante, fácil orador de banquete, gran letrado, improvisador feliz; y por último, a su colaborador en la Primera Canción, a Manuel Robles, el músico-poeta, el bohemio valiente y generoso, el más "trovador" entre los tres, cómico y torero de afición, deportista, cantor, bailarín y capaz—como lo dejó probado—de exponer muchas veces la vida por salvar la de su prójimo. A fray Camilo Henríquez, valdiviano de prosapia ilustre, más avanzado en su liberalismo que muchos que no cargan el traje talar, se le ha comparado con el Abate Siéyes, el rival de Bonaparte; al doctor Vera y Pintado, argentino de origen y chileno de adopción, como Blanco Encalada, se nos antoja, por su mundanismo, por el atildamiento de sus modales, por su empaque de teólogo y togado, por sus debilidades de "galantuomo", por su ingenio mordaz y retozón, y a pesar de su probado republicanismo, una figura hecha más bien para destacarse y lucir en una Corte principesca, como don Francisco de Quevedo y Villegas; en cuanto al maestro Manuel Robles, músico e hijo de músico, santiaguino nacido y criado en los arrabales de la flamante capital, para hacer después la vida alegre y desenfadada de los ministriles, poeta sin pretensiones y aventurero hasta la médula, sería nuestro Cyrano de Bergerac.

Y ¡cosa extraordinaria! Si la pasión hizo que los caudillos de primera fila llegaran a malquererse y detestarse; si fueron enemigos acérrimos O'Higgins y los Carrera, protegido aquél por San Martín y secundados éstos por Manuel Rodríguez, aquellos tres grandes y entusiastas espíritus, de bien escasa ambición de medro personal, sin sed alguna de predominio, fueron amigos siempre, desde que el santo amor a una causa común los hizo colaboradores, hasta el día en que la piadosa muerte llegó a cerrar sus ojos desencantados. El primero murió en 1825; el segundo hace justamente un siglo, el 27 de Agosto de 1827; el tercero el mismo día y mes de 1837, cuando, asesinado Portales y fusilados los responsables del crimen, las calles de Santiago y Valparaíso se estremecían con los preparativos de la Expedición Restauradora.

• • •

De estas tres existencias admirables, sin duda la que ha preocupado más a los biógrafos es la de Camilo Henríquez. Su figuración no fué larga, pero sí brillante, y hubo en ella circunstancias que han contribuído a hacerla interesante aún para las generaciones, algo olvidadizas, del ciclo republicano. Su investidura sacerdotal, el ardor de su temperamento, su propio dogmatismo, innato en él, que lo llevaba—como más tarde le ocurrió a Sarmiento—a estimar que todo sitio era bueno y todo momento oportuno para poner cátedra de moral y de política, y más que todo el antecedente de ser, como fundador de "La Aurora de Chile", el precursor del periodismo nacional, le han granjeado una admiración que no siempre queda justificada por el examen frío y sereno de su personalidad.

Porque si, trasladándonos con el pensamiento a la época ambicionaria de nuestra guerra de emancipación, revisamos los folletos, los artículos y los discursos del vehemente fraile, nos pasma, más que su versación en determinadas materias—en economía política, por ejemplo—la audacia de sus opiniones y su valor para hacerlas públicas y propugnarlas, en singular contraste con su genio apocado y su organismo siempre endeble. Por mucho menos de lo que él decía se podía ir, por aquellos tiempos, a los presidios de Ceuta o a las Casamatas del Callao. Pero ni su prosa es la de un escritor llamado a quedar como clásico, ni hay en sus ideas la novedad y profundidad que permitirían considerarlo como un pensador original. En cuanto a sus versos, bastará recordar que ni siquiera le gustaban a su entusiasta biógrafo señor Amunátegui, que solía gastar en este punto excesiva tolerancia.

Prueba de que el don poético, regalo de los dioses, nada tiene que ver, no ya con los estudios humanistas o retóricos, pero ni siquiera con la riqueza de un temperamento mesiánico y batallador. Fray Camilo fué un poeta, sin lugar a ningún género de dudas; pero, haciendo versos, lo fué menos que nunca. En sus artículos, en sus sermones, en sus arengas, en sus polémicas, en sus proclamas, en todas las manifestaciones de su incesante y fervorosa actividad mental, conspirando, catequizando, exaltando o imprecando, rayó siempre a mayor altura que en sus poesías, expresión pálida y deficiente de una grande alma nacida, como la de San Pablo, para el apostolado. Otro tanto podría decirse de don Pedro León Gallo, el romántico caudillo radical del año 59.

Quizás aquel apóstol de la idea republicana y de los principios liberales fué, como poeta, más feliz en la vena satírica y festiva que inspirándose en asuntos trascendentales. Habrá que creer a los que afirman que el hígado ejerce una decisiva influencia en el genio del escritor, porque fray Camilo vivió siempre y murió atormentado por su bilis. Fué un aprensivo irremediable, casi un misántropo. Amaba a la Humanidad, soñaba en la felicidad de todos; pero le fastidiaba el trato con la gente; refugiábase en la soledad de su cuarto, sobrio y desmantelado como una celda de convento, y desde allí se desahogaba en epigramas y letrillas sarcásticas contra sus enemigos reales o imaginarios. Cuando se expatrió a la Argentina, después del desastre de Rancagua, se creyó mal recibido en Buenos Aires; se le atravesó el humor y se desquitó con la siguiente décima, que es excelente muestra de la forma cómo se entendía la sátira por aquellos tiempos:

Cuando un perro es forastero
le ladran los cachorrillos,
le dan saltos y brinquillos
y le huelen el trasero.
Él, con semblante severo,
sin aparecer mohino,
nada teme del destino
consiguiente a la pelea,
alza la pata, los mea...,
y prosigue su camino.

• • •

La celebridad de don Bernardo de Vera empieza con la fecha en que, joven aún, fué comprendido en la inconsulta orden de destierro dictada por el Brigadier García Carrasco contra los *respetables patricios criollos don Juan Antonio* Ovalle y don Juan Antonio de Rojas. Estábamos a menos de cuatro meses del grito de Independencia que hoy se conmemora y que habría de significar la caída del torpe mandatario, ya desacreditado por una serie de desaciertos que no es del caso mencionar. Hay quienes niegan a los ilustres tocayos Rojas y Ovalle una acción política de tanta monta como para provocar medida tan extrema. Respecto al doctor Vera, parece que lo que le había concitado la animadversión palaciega era su soltura de lengua—amiga de cantar verdades—y, sobre todo, su musa epigramática. Como quiera que fuese, lo que ocurrió fué que él, dándose por enfermo—argucia abogadil, probablemente—se salió con la suya de quedarse en Chile, con lo que le tocó participar activamente en los resonantes sucesos de Setiembre. De otro modo, quizás, la letra de nuestra primera Canción habría tenido que ser de fray Camilo.

Después—como no hay sermón sin San Agustín—no hubo sarao ni banquete sin loa o letrilla de los dos poetas, especialmente de don Bernardo Vera y Pintado, que era un versificador mucho más fácil y espontáneo. El 2 de Mayo de 1813 celebróse pomposamente en Santiago el triunfo de Yerbas Buenas: como era costumbre, sirvióse un espléndido banquete; juntáronse para amenizar la fiesta todos los músicos de la ciudad y a la hora de los brindis se realizó un verdadero contrapunto entre el fraile y el doctor, quienes, para terminar con el consabido "broche de oro", cantaron a dúo un himno que empezaba así:

"Salve, Patria adorada,
amable encantadora,
el corazón te adora
como a su gran deidad..."

Como si fuera poco, Vera y Pintado pronunció una oda—grandilocuente, por cierto—a la que contestó Henríquez con otra de su cosecha que no le iba en zaga. La del doctor empezaba así:

"De pedestal en grupo de tiranos
al coloso servía;
cae del trono del soberbio y en un día
reduce el rango de fantasmas vanos,

Los monstruos se han hundido.
La libertad dispuesta a su estallido
su trono asienta sobre la cabeza
del opresor cobarde,
y el sacro fuego que en los pechos arde
derrama el entusiasmo y la grandeza.

El déspota impotente
a la diosa se humilla reverente.
. . . .

Y la de Henríquez
"Habéis visto la fuerza de la Patria
y el generoso ardor de nuestros héroes
recordar a la América y al Mundo
los nobles sentimientos, las hazañas
y la gloria inmortal del claro Arauco
después de tres centurias de silencio.
Aman la libertad, y los anima
el alma fuerte de los climas fríos.
En sus pechos, aún arde el fuego antiguo
el amor al Estado y a sus leyes
y el odio inextinguible a los tiranos."
. . . .

Cabe preguntar: ¿Con qué música se cantó ese himno a la patria, del cual reproducimos la primera estrofa? Entre esos músicos reunidos para amenizar la fiesta, ¿no figuraría ya Manuel Robles, el futuro autor de la Primera Canción, que era un eximio violinista y ya bastante conocido como compositor de música ligera?

Hombre galante, que ya en las aulas aprendió muy de memoria aquello del poeta clásico:

"Fílida, para mí dulce y sabrosa
más que la fruta del cercado ajeno",

niño mimado de los estrados sociales de su tiempo, en Santiago y Valparaíso, como en Buenos Aires, no hay duda que la parte más valiosa de la producción poética de Vera y Pintado, es aquella que dedica a sus devaneos amorosos. Verdad es que la política ha sido siempre una madrastra para la poesía. Más que en sus odas, en sus letrillas y en sus epigramas, descuella su inspiración en el género galante. Son admirables sobre todo sus décimas glosadas, a las que fué muy aficionado y que ahora sólo cultivan nuestros poetas populares. La mayoría de estas composiciones ha venido a conocerlas la posteridad conservadas por la memoria de las admiradoras del poeta. He aquí un ejemplar, en el que nadie podría desconocer la fluidez de la versificación y el conceptismo a que fueron tan inclinados los poetas de otro tiempo:

Amor mal correspondido,
aunque eres tan bien empleado,
¿qué has de hacer tan desairado,
sino buscar el olvido?
Bastante porfiado he sido
mi empeño, y el de una ingrata
que, si alguna vez me trata
con aparentes halagos,
es por traer dando tragos
el veneno con que mata.
¡Olvidar! ¿Y el corazón
entrará en tan arduo intento
cuando sólo el pensamiento
irrita más mi pasión?
El enemigo en la acción
es donde se muestra fiero;
y en este fuego en que muero,
es como se hace probar,
cuando pretendo olvidar
la ingrata que tanto quiero.
Invoco ansioso la muerte,
y mi mayor mal consiste
en que hasta ella se resiste
de poner fin a mi suerte.
¡Ingrata! Si he de perderte
y no he de perder la vida,
sabes que el ser homicida
será piedad para mí,
y que tu veneno así
por lo activo no intimida.
Pero eres un monstruo cuando
tu pecho se saborea
con esa bárbara idea
de irme a pasos acabando.
¿Cuál es mi crimen, amando
para tan duro tormento?
¡Inhumana! El instrumento
de tu desdén inclemente
por lo activo no se siente,
cuando aflige por lo lento.

Desgraciadamente, si triunfa, como lo hemos visto, en el octosílabo y aún en el endecasílabo heroico, el cadencioso decasílabo le fué a menudo ingrato, como lo prueban las estancias de la Canción Nacional, cuyo coro—respetado por Lillo—nos rompe los tímpanos con esta detestable frase:

"O el asilo contra la opresión".

Un siglo largo hemos estado los chilenos cantando contrá—como si fuésemos franceses—gracias a la deficiencia auditiva de un poeta que, al parecer, y como buen abogado, le daba más importancia a las "cláusulas" en los contratos que en la composición poética.

• •

Parece averiguado que la letra de la Primera Canción no se estrenó con la música de Robles, precisamente, sino con la de la Canción Argentina, el año 1819. Robles, no por presunción sino por patriotismo, afrontó la responsabilidad de componer lo que se llamó una "marcha" especial, en vista del fracaso rotundo de un maestro Havanete, peruano, que había procurado adaptarle una música tomada de aires populares en boga. El estreno de la Canción, tal como iba a ser [illegible] conocida y divulgada hasta la adopción de la actual, se verificó en la noche del 20 de Agosto de 1820, a la misma hora en que se hacían a la vela los últimos buques de la Expedición Libertadora del Perú. Y fué una fiesta memorable, para la cual se dió cita lo mejor de la sociedad santiaguina en el célebre Teatro de la Compañía, de propiedad de don Domingo Arteaga.

De los tres hombres que venimos evocando, sin duda el de Manuel Robles es el que corresponde a un artista más completo. El Cojo Robles, como le llamaron—apodo de que él se enorgullecía como Cervantes del suyo—cumplió como bueno escribiendo la música de la canción guerrera que necesitaba su patria en el momento de tomar su puesto entre las naciones del mundo. Pero no se crea que él le haya dado a este hecho una importancia trascendental ni que, al ver su música cercada por las más lindas bocas de su tiempo, celebrada entre lágrimas por los recios veteranos de la Patria Vieja, popularizada por los colegiales y tarareada por el pueblo, haya cambiado sus aires de buen muchacho, maestro de baile y director de orquestas.

No hemos de entrar a analizar la capacidad artística de Robles, ni el motivo melódico de su canción. Puesto que se acordó reemplazarla, encargando su sucesora a un músico europeo, tiene que haber sido—pensamos—porque no era buena. Aunque, la verdad sea dicha, tuvo durante largo tiempo ardientes defensores entre sus contemporáneos y costó gran esfuerzo destronarla y dejar establecida, ya para siempre, la de Carnicer. Se cantó, públicamente, por última vez, el año 1827.

Nos falta, por otra parte, autoridad para juzgar materias de esta índole, por lo cual nos limitamos a repetir el juicio que hemos escuchado a muchos entendidos: "¿La canción de Robles? Es muy inspirada, muy bonita". Don José Zapiola, otro músico tan chileno como él, el autor de la "Canción de Yungay", le dedica calurosos elogios en sus "Recuerdos de treinta años".

Pero quizá no está en esta partitura, ni en otras que debió componer (aunque jamás se diera el trabajo de pasarlas al pentágrama) el aspecto más interesante, más noble, más pintoresco—más personal, en suma—de la vida de este personaje, que comparado con los otros dos que estamos estudiando, resulta, si no el más patriota, puesto que todos lo fueron igualmente, sin duda alguna el más genuinamente chileno y popular. En efecto, Henríquez y Vera fueron literatos, poetas cultos de estro modelado por la retórica, mientras que Robles, ministril a la antigua usanza, tocador de música en fiestas públicas, no tuvo más maestro que el modesto organista que le dió la vida. Ni más guía que su propia inspiración, ni más norma o programa que el azar de cada día, a la manera del pájaro que canta porque el sol luce en un cielo puro y están los campos verdes y los árboles floridos.

Sacerdote y periodista el uno, abogado y orador el otro, los dos poetas letrados hicieron política, figuraron, llegaron a cierta altura en la gerarquía burocrática, y aunque tuvieran un crepúsculo triste y un final oscuro y silencioso, la posteridad se ha encargado de hacerles justicia. En cambio, del maestro Robles es bien poco lo que se sabe, y no se sabría nada si no fuese por los datos que con cariño casi filial consigna en sus "Recuerdos" el maestro Zapiola y por las investigaciones que posteriormente han realizado los señores Cannobbio y Echeverría Reyes. A Zapiola y a su prodigiosa retentiva se debe el que haya llegado hasta nosotros la partitura de la canción de Robles, traída por él desde el Perú, a donde la llevaron los soldados de San Martín y los marinos de Lord Cochrane.

Pero, en fin, dejando de mano al músico, que concedemos pueda no valer más que Henríquez y Vera como poetas, ocupémonos en la faz humana de la personalidad de Manuel Robles. Evoquemos a aquel tipo de nocherniego valentón, de vuelta de su esquinazo, desarmando a cintarazos a los esbirros de San Bruno que le salían al través de las lóbregas noches santiaguinas de principios del siglo XIX; tenemos en el campeón de billar, de pelota y volantín, ídolo de la chiquillería de los barrios; recordemos al torero aficionado que salva airosamente del fracaso a unas famosas corridas, saltando del tendido al redondel sin más capa que el poncho cedido al paso por un hombre del pueblo; fijémonos en los lineamientos morales de aquel viajero que en plena cordillera, viendo a un sacerdote en peligro de ser desbarrancado por la mula que montaba, corre a prestarle auxilio y recibe de la bestia ensoberbecida una coz horrible que le deja inválido y con apodo para toda la vida, veámosle, jefe de caravana por la pampa argentina, arrebatar el arma al gaucho matrero que pretendió imponérsele por la amenaza; imaginémosle cantando él mismo las tonadas criollas de las que le pertenecen letra y melodía, organizando la primera escuela de bailes que ha existido en Chile, dirigiendo la orquesta del famoso Café de "La Nación"—Catedral esquina Puente—de los teatros de don Domingo Arteaga y de la primera Clarrodónica santiaguina (aquella en que lucían sus dotes las señoritas Isidora Zegers y Teresa Garfias); figurémoslo, en fin, triste como Cyrano, claudicante como Verlaine, ya sin las gallardías ni los arrestos juveniles, de visita en casa de sus viejos y leales amigos Henríquez y Vera (puestos también al margen porque ya no se les necesitaba) o como simple espectador en actos públicos, obligado a presenciar sin dolor ni amargura aparentes, pero con la muerte en el alma, que ya no se cantaba su canción sino la otra, la importada, la mercenaria, la intrusa...

V. D. S.

Setiembre 1927.